

028. La identidad de la familia

Después de haberse celebrado en 1980 el Sínodo de los Obispos sobre la Familia, el Papa publicó una exhortación apostólica que recogía las sugerencias de aquel Sínodo memorable. Todo ese documento, tan notable y tan rico, lo vino a resumir en este eslogan vibrante:

- *¡Familia, sé lo que eres!*.

¡Familia!, sé aquello que Dios quiso que fueras.

¡Familia!, mira la fuente de que dimanas, el mismo Dios, y realiza su plan divino.

¡Familia!, haz lo que Dios quiso que hicieras, pues te ha dado una gran misión.

¡Familia!, descubre tu responsabilidad, y no claudiques de la dignidad que te confirió el Creador.

¿Y qué es, en sustancia, la familia? Va quedando consagrada una expresión feliz que lo compendia todo: es una *Comunidad de vida y amor*.

En el amor encuentra la raíz de su existencia: la familia existe porque hubo un primer amor;

amor que desemboca en la vida: porque el amor se hizo fecundo;

vida que después discurre siempre en el amor: porque el amor lo llenará todo en el hogar;

amor y vida compartidos por todos los miembros de la familia, que no conocerán el egoísmo: porque todos viven para cada uno y cada uno vive para todos, convertidos todos en un solo corazón.

Este fue el ideal primero de Dios, que quiso plasmar en la familia lo que Él es en la intimidad de su vida divina. En el misterio de la Santísima Trinidad nos encontramos con un Padre que engendra un Hijo, al que ama como solo Dios puede amar, con locura divina, podríamos decir cariñosamente. El Padre y el Hijo se aman con un ardor tal, que de ellos brota, como de un volcán, una llamarada de amor inmensa e incontenible, el Espíritu Santo, que es el amor que el Padre y el Hijo se tienen desde siempre y para siempre. En el Espíritu Santo, las Tres divinas Personas no tienen más que un solo corazón, con el cual se aman y son por siempre inmensamente felices.

De este amor primero de Dios brotó la familia. *Al hombre y la mujer*, nos dice la Biblia, *los creó Dios en el paraíso a su imagen y semejanza*. Es como si Dios se hubiera dicho:

- *¿Yo amo? Ellos también amarán. Y con amor fecundo: ¡que crezcan y se multipliquen! Y que se amen para siempre, con amor irrompible: pues lo que yo uno, nunca lo deberá romper el hombre...*

La familia nació también de un primer acto de amor entre el hombre y la mujer. ¿Cómo empezó todo?... De la manera más sencilla y más idílica.

Se vieron un día por casualidad, o a lo mejor se conocían de antes, aunque nunca había ocurrido nada. Pero aquel día él le miró a ella, y ella le miró a él. Con un poco de timidez, le dijo él a ella: *¡Te quiero!*... Y ella, que se puso algo coloradita, dijo también entre labios y bajando la mirada: *¡Yo también te quiero!*...

Aquí estuvo todo, hasta que los dos pararon ante el altar.

Todo radicaba en aquel amor primero...

El amor se abrió después a la vida. Y de manera expresa, o con un silencio muy elocuente, se dijeron los dos:

- *¿Por qué no tenemos un recuerdo de nuestro amor?...*

Hasta que llegó un día en que ella le dijo a él:

- *¿Sabes? Te traigo algo...*

Y él se volvía loco, y ella estaba loca, y los dos se preguntaban sin cansarse:

- *¿Y cómo será?... ¿y qué ojitos tendrá?... ¿si se parecerá más a ti o a mi?...*

La mirada quedó clavada en un día del calendario, ¡día que no llegaba nunca, de tan largo como se hacía el tiempo!... Hasta que al fin ella dio el primer beso inefable a aquel fruto de su seno, y él fue impaciente a los amigos:

- *¡Felicitadme, que soy padre!...*

Entonces el hogar sintió cómo el primer jilguero revoloteaba y cantaba en la enramada, hasta que vinieran otros pajaritos a cantar y revolotear con él, llenando a los papás de una alegría y una felicidad como no hay otra.

¿Sí, o no? ¿Es verdad o no es verdad que las cosas pasaron así?... ¿Y qué indica todo ello? Sólo una cosa: que la vida nació del amor, y que debe transcurrir entera en aquel amor primero por el que esa vida vino al mundo.

¿Después?... Pasará el tiempo, mucho tiempo, si Dios quiere, formando dentro de la Iglesia esa pequeña *Iglesia doméstica* de la familia, hasta que todo desemboque en el Reino de Dios, en una comunidad de vida y de amor eternos, en la familia inmensa de todos los hijos de Dios...

Una vez más, que parece nos volvemos poetas al hablar de la familia. Y no somos poetas, sino que traducimos lo que es el ideal de la familia en la mente de Dios que la creó.

Si las deficiencias humanas no viniesen tantas veces a desfigurar, a deformar y hasta a destruir la obra de Dios, eso tan idílico que describen nuestras palabras sería una realidad en cada uno de los hogares.

Por eso, nuestros esfuerzos se dirigen a reforzar el amor en nuestra propia familia, a la vez que nos esmeramos en ayudar a otros hermanos para que todos tengan la misma dicha de un hogar feliz.

¡Familia, sé lo que eres!... Nacistes del amor. Vive, pues, del amor y en el amor. Cumple tu misión de amor. Que el amor te envolverá al fin, en la Iglesia glorificada para siempre...